

da. Secta apenas visible entre las sectas del Oriente, germen frágil, semilla imperceptible en el vasto territorio de los Estados-Unidos; por todas partes relegada en las mujeres, los niños, los aldeanos, los ignorantes y la plebe; tratada como una esposa repudiada, á quien se dispensa el honor de conservarla en casa, pero privada de honor, de influencia y de autoridad, no se la contaba por nada en la gran familia humana. Se la miraba como una planta seca, una institución arruinada, una sociedad extinguida. Por eso, en las últimas transacciones políticas fué condenada á un humillante ostracismo, y para nada se la tuvo en cuenta, no se dignaron ni aun nombrarla. Por el contrario, se la miraba como cosa talmente débil é inepta, que se tuvo por baja el atacarla, y por imbecilidad el rendirle homenaje. Los jefes de los espíritus y de las inteligencias, los grandes profesores, los grandes historiadores, los grandes filósofos, los grandes políticos, reputaban como honor acordarle alguna proteccion contra las insolencias de sus enemigos; porque sólo la plebe de los escritores irreligiosos y corrompidos, siempre tan audaz como ignorante, continuaba aún combatiendo á la Iglesia, que pasaba por un árbol ya seco y muerto.

Hoy se buscaria en vano una potencia europea, un rincon del mundo donde los intereses, los sentimientos católicos, la cuestion de la Iglesia no sea el principal objeto de las preocupaciones públicas y el alimento necesario de las transformaciones sociales, hácia las cuales marchamos; el refugio del orden, amenazado en su base, la esperanza única de las justas garantías de los Gobiernos y de los pueblos, el único apoyo de la civilizacion y de la sociedad.

Al mismo tiempo la idea católica y el interes social eclesiástico reaparecen en veinte países diferentes, y vienen á ocupar el primer puesto en las discusiones de todos los intereses, de todas las doctrinas, de todas las pasiones, de donde se les habia excluido enteramente.

Los jóvenes, hechos hombres, indignados de todas las mentiras con que se les habia alimentado y engañado en su primera edad, han interrogado á la Iglesia católica; y en esta repudiada, objeto de contradiccion y de desprecio por parte de los cortesanos y de las concubinas, han reconocido á su madre legítima, han concebido por ella un tierno amor; se han asociado y han

jurado devolverla el primer rango de grandeza y de honor en la casa paternal.

En Europa, este centro de la duda, hay que admirar el inmenso trabajo del sentimiento religioso. ¿Qué luchas no sostiene esta Iglesia, cuyo nombre, hace pocos años, se pretendia eliminar definitivamente del número de las existencias serias de este mundo? La Inglaterra, la Francia, la Rusia, las tres potencias más grandes del mundo, hacen lá corte al Papa y tienen necesidad de él; temen á ese anciano octogenario, desarmado, más que si tuviese á su disposicion un millon de soldados. La Rusia y la Francia, que se tratan recíprocamente con tan pocos miramientos, celosas por demostrar en todas ocasiones que la una no teme á la otra, no tienen más que sentimientos de respeto para el soberano Pontífice. Este sacerdote, que no tiene más que un puñado de soldados de parada, más para el decoro que para la defensa, con su corte compuesta de sacerdotes y de diáconos, impone y da qué pensar á los que así disponen de millones de bayonetas y de muchos centenares de navíos.

En Inglaterra, la cuestion más seria que se presenta en cada sesion del parlamento, donde se deciden los destinos del mundo, es saber lo que se acordará á la Iglesia; en Francia, cómo se podrá desarmarla ó seducirla; en Prusia, cómo se podrá hacerla entrar en las miras y los intereses del gobierno, que ántes apriionaba á sus pontífices; en Rusia no puede conseguirse destruirla. Sí, la cuestion de la Iglesia es la primera entre todas.

Entre tanto, el divino Padre, el divino Agricultor cultiva este árbol de predileccion, el rocío celeste le hace prosperar, sus profundas raíces le fortifican, engruesa su tronco, sus ramas se extienden, sus hojas se multiplican, sus frutos abundan más y más. Cada año, de su seno, donde fermenta siempre la divina savia del Calvario, brota mayor número de ramas en todos esos misioneros que se esparcen por el mundo. Se cuentan por millares esos héroes determinados al martirio, que empiezan sus excursiones donde concluyen las de los más atrevidos navegantes. Sin mirar atras ni adelante, sin otras armas que un Crucifijo, sin otra provision que la piedra necesaria para celebrar el santo sacrificio, seguros de morir entre las fatigas y las torturas, se lanzan en las profundidades de países desconocidos, de tierras salvajes, de climas homicidas, de pueblos inhospitalarios, y así

se extienden las ramas de la Iglesia. Dios, que suscita esos maravillosos sentimientos, ese valor desconocido, los bendice. El misionero sucumbe; pero ha fundado ya una Iglesia, y su sangre no aguardará mucho tiempo un sucesor. En las mismas condiciones, con la misma perspectiva del martirio, no uno, sino centenares se ofrecen á continuar la obra comenzada. Cuanto más atroz es la crueldad, tiene más encantos y atractivos (1). El martirio atrae tanto más poderosamente, cuanto es más cierto; la muerte seduce tanto más, cuanto es más implacable. Lo que debería enfriar el celo, lo enciende; lo que debería espantar el valor, lo fortifica. No, no hay nada más dulce, más precioso, más halagüeño para el verdadero apóstol cristiano, que morir por Jesucristo despues de haberlo dado á conocer.

Diré más. ¡Cosa desconocida en los tiempos más ricos en prodigios del Cristianismo! Hasta las mujeres, las jóvenes y delicadas vírgenes, se consagran hoy á ese apostolado viril. Guiadas por un sacerdote, y muchas veces solas, abandonan su familia, su patria, su claustro; y á traves de los tempuestuosos océanos, á costa de privaciones, de peligros, de fatigas, de sufrimientos, de dolores capaces de quebrantar el valor de los hombres y de espantar las complexiones más robustas, se meten entre los infieles, los idólatras, los salvajes. Toda embarcacion que parte para las Indias lleva siempre una preciosa carga de esas mujeres apóstoles. Los naufragios no les impiden correr hasta los pobres pueblos idólatras, perdidos en el fondo de la Oceanía. Las ramas reciben la savia de la raíz y del tronco. Jesucristo les ha dado su espíritu y su corazon y sus transportes por la salud de las almas. Van con el celo de los apóstoles, el valor de los mártires, el corazon de verdaderas madres. Antes de ver á los salvajes infieles, se sienten penetradas de la más viva compasion, del más tierno amor por ellos. ¡Imaginaos con qué cuidado los instruyen, con qué paciencia los sufren, con qué industrias los atraen, con qué amor los sirven en salud y los cuidan en la enfermedad, y concebiréis con qué facilidad los convierten! El fruto del árbol de vida, la caridad cristiana, al salir de un corazon de mujer elevado al rango angelical por la gracia de la castidad, al pasar por una boca virginal santificada por la

(1) In christianis crudelitas illecebra facta est.

comunion eucarística cotidiana, embellecida con las gracias de la ternura femenil, ennoblecida por la santidad del pudor y la fuerza invencible que posee la virtud unida á la belleza, ejerce en las almas un suave encanto, al cual nada resiste y que triunfa de todo. Es la voz del sabio encantador de que habla el Salmista (1). ¡Fuerza irresistible, encanto suave, atraccion poderosa! Hombres que no conservan del hombre más que la forma, entregados á todos los vicios, que tienen todos los instintos carnales de las bestias feroces, que están acostumbrados á hacer de la carne humana su más delicioso manjar, se quedan sin fuerza y sin valor en presencia de esos seres milagrosos. Las armas caen de sus manos, su rostro depona la ferocidad y su corazon la barbarie; vueltos á ser hombres y cambiados en corderos, se rinden vencidos por el ascendiente de la caridad cristiana y por la dulce persuasion de la joven virgen que debia ser la presa de su voracidad. Ellas son la poderosa vanguardia de los misioneros; despues que la mujer ha pasado delante, queda poco que hacer al sacerdote: solamente bautizar, confirmar, distribuir en la comunión, bajo los accidentes del pan, el Verbo divino que ya las sacerdotisas de la caridad y de la castidad les han administrado, bajo los accidentes de la palabra, enseñándoles el *Credo*.

Dios no hace violencia á la libertad humana, á pesar de su deseo de extender entre los hombres el reino de su luz y de su amor. Los que vienen á reposar en las ramas de este árbol divino, lo hacen voluntariamente, y están siempre en libertad de irse. Nadie les obliga á venir, y nadie les impide alejarse: esta facultad la tienen siempre en toda su plenitud.

Aceptamos libremente por un acto de inteligencia el dogma público que constituye nuestra unidad. No somos hijos de la violencia ni del temor. Un hombre llega á un país extraño; apenas puede hacerse entender; sin armas para intimidar, sin tesoros para seducir, sin el halago de las promesas ni el terror de las amenazas, con la sola Compañía de su Crucifijo, predica una doctrina de sufrimiento, de humildad, de sacrificio, que humilla el orgullo, mata los sentidos, reprime la concupiscencia, pone al hombre en tortura. El árbol extiende sus ramas ásperas y

(1) Vox incantantis sapienter. (Ps. LVII.)

salvajes; las aves lo contemplan; el ramaje les parece fuerte y seguro; vienen espontáneamente á posarse allí; por millares siguen al extranjero y se hacen ángeles. Lutero se presenta con la apología de las pasiones; Enrique VIII con el poder; Mahoma con la cuchilla. La persecucion estalla, y encuentra á los creyentes más sólidos que el bronce, pues son felices hasta en los calabozos; y despues de haber aprendido á vivir como santos, aprenden á morir como mártires.

¿Hay allí violencia? ¡La violencia! Es la herejía quien la busca. Arrodillada ante los tronos, implora un jiron del manto real para cubrir su desnudez, y el apoyo de las armas para sostenerse. La Iglesia, al contrario, frente á los más poderosos monarcas, no pide más que la libertad de ejecutar su mision divina sobre la tierra. Con la libertad, el cisma y la herejía no tienen que esperar más que la decadencia; plantas parásitas, tienen necesidad de apoyo. El error busca siempre á las eminencias sociales; la verdad, al pueblo. Los grandes, los primeros en poder, son los últimos llamados á la gracia; los primeros en el reino terrestre son los últimos en el reino del cielo.

Observad que Jesucristo, bajo el símbolo de las aves, indica á los hombres que vienen á reposar sobre las ramas del árbol de la Iglesia, porque las aves descienden rara vez al suelo, se detienen poco en él y se van al menor ruido. Su domicilio es su nido, que construyen en la cima de los árboles ó sobre los elevados edificios; prefieren las altas regiones del aire; su vuelo se dirige á los cielos. Con eso el Señor ha querido hacernos comprender cuál es la condicion indispensable, necesaria, absoluta para pertenecer á la Iglesia, para reposar sobre sus ramas, para encontrar allí la seguridad que ella sola procura, el alimento de la gracia que nos prepara, y la sombra tutelar que nos protege. Esta condicion es la de arrancar nuestros corazones de las bajas regiones del mundo, donde se respira el aire grosero, el aire homicida de las pasiones; es la de elevarnos sin cesar por el desprendimiento del mundo, por el recogimiento interior, por la sublimidad de un noble impulso, por la santidad de los deseos, por la pureza de intencion, por la generosidad de las afecciones, por la práctica de la oracion; elevarnos á la region superior del hombre espiritual, del hombre celeste, para respirar allí el aire, el perfume de Dios; por lo cual, como á ello nos exhortaba San Pablo, la

preocupacion continua del cristianismo en la tierra debe ser la de conversar continuamente en espíritu en los cielos (1).

Sí, los cuadrúpedos y los reptiles que circulan y se arrastran sobre la tierra, que se alimentan de los productos de la tierra, de los cadáveres ó de fango, no pueden elevarse, subir á los árboles y habitar los espacios del aire. En otros términos, los hombres carnales, adúlteros, avaros á quienes un instinto vil inclina hácia la tierra para recoger allí sus bienes ó los placeres de los sentidos, no pueden elevarse hasta el árbol de la Iglesia; y si alguna vez suben, no se detienen en él, no establecen allí su mansion, se alejan, rechazando la verdad y la gracia, frutos del cielo, para reposar en el error y el vicio, miserables y dolorosas producciones de la tierra.

¿Pero por qué el Señor, entre todas las plantas cuya semilla es pequeña y el desarrollo considerable, ha elegido la mostaza por término de comparacion entre su religion y su Iglesia? Porque, dice San Ambrosio, la doctrina de Jesucristo es al alma lo que el grano de mostaza al cuerpo (2). El grano de mostaza contiene un jugo muy acre y picante, que hace plegar la frente, arranca lágrimas á los ojos, y ofrece al paladar un sabor amargo y abrasador. Pero una vez tragado, fortifica y da viveza; cura muchas enfermedades, y evita otras.

En ese vegetal se encuentra claramente indicado al carácter de la religion cristiana, de la cual San Pablo ha dicho que por las obligaciones que impone, por los sacrificios que pide, por la vigilancia que exige, por las privaciones que de nosotros quiere, por la abnegacion que reclama, presenta las apariencias de una religion, de una doctrina de amargura, de tristeza, de lágrimas y de dolor; pero que practicada fielmente, produce en el alma la santidad que la colma de paz y de alegría, y le da la salud y la vida (3).

Valor, pues, mis queridos hermanos, tomemos alas para elevarnos como aves celestes más allá del fango de las cosas de la

(1) *Nostra autem conversatio in caelis est. (Philipp., III.)*

(2) *Quod succus synapis in corpore, hoc fides christiana operatur in anima. (S. Ambrós.)*

(3) *Omnis disciplina in praesenti quidem videtur non esse gaudii, sed mœroris: postea autem..... fructum peccatissimum reddet justitiæ. (Hebr., XII.)*

tierra (1). Preparemos en nuestros corazones esas ascensiones misteriosas que conducen á Dios. Reposemos sobre el árbol de la Iglesia, alimentémonos de la mostaza misteriosa que nos ofrece, de la amargura, de la tristeza aparente, inseparable de la práctica de las leyes de Dios, de la virtud, de la justicia, de la edificación, de la penitencia. Y encontraremos bajo este árbol divino la seguridad contra las tempestades del error, la defensa contra los huracanes de las tentaciones, la sombra tutelar contra los rayos del sol de la Justicia divina, la fresca brisa de la divina misericordia (2). Allí encontraremos la tranquilidad del espíritu, la paz del corazón; paz en la vida, paz en la muerte, paz en el tiempo, paz en la eternidad. Jesucristo ha dicho: Bienaventurados los que lloran en la tierra, porque ellos serán consolados en el cielo (3).

SEGUNDO PUNTO. Llegados, con la ayuda de Dios, al término de nuestra predicación cuadregesimal, creemos que para despedirnos de vosotros este año no podemos hacer nada mejor que dirigiros las palabras con que San Pablo se despidió de los fieles de Milet, después de haberles anunciado á Jesucristo.

Sabeis, les decía, cómo me he conducido con vosotros en el ejercicio de mi ministerio apostólico (4).

Sabeis que no he alimentado ningún vicio, halagado ninguna pasión, transigido con ningún error, ni guardado silencio sobre ninguna verdad; que no he omitido nada de lo que era útil y necesario decir en interés de vuestra santificación y de vuestra salud (5).

Así, pues, como el fin de toda predicación es no solamente conmover, sino instruir; no solamente sacar al pecador del sopor de sus vicios, sino también iluminar al fiel, al justo, con la luz de la verdadera religión, haciéndola conocer más y más para

(1) Assumamus pennas, ut columbæ, ut volitare ad altiora possimus terrenaque fugientes ad cœlestia festinare. (*S. Hieron.*)

(2) Ad hos ramos non fortiter tenentes et sub umbra illorum latitantes ab æternæ tempestatis procella securi, gehennæ non patiemur ardores. (*S. Ambros.*)

(3) Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. (*Matth.*, v.)

(4) Vos scitis qualiter vobiscum fuerim. (*Act.*, xx.)

(5) Scitis quomodo nihil subtraxerim utilium quominus annuntiarem vobis. (*Ibid.*)

que más se ame; yo también, al excitaros á la verdadera penitencia, al verdadero fervor en presencia de Dios, no he olvidado nunca demostraros la grandeza, la importancia, la verdad, los atractivos de la fe de Nuestro Señor Jesucristo (1).

Como este divino Maestro ha tenido á bien revelarnos en su Evangelio bajo el velo de parábolas, de alegorías, de figuras, las más altas verdades, las más importantes lecciones, á fin de que más fácilmente se conciban, retengan y repitan, yo me he encerrado, con la ayuda de Dios, en la explicación de estas parábolas, y he procurado no omitir ninguno de los preciosos misterios, de las saludables enseñanzas que la sabiduría divina y el amor infinito de Dios ha querido ocultar en ellas (2).

Sé que no tengo ninguno de los talentos, de las ventajas del orador profano; pero Dios me ha permitido anunciar su palabra con el celo, la sencillez, la fidelidad y la convicción que constituyen al predicador cristiano. Por eso, cualquiera que sea la falta de virtud en la persona del predicador, no habiendo economizado estudio, ni trabajo, ni fatiga, ni oración, creo poder afirmar que, si alguno de entre vosotros permanece endurecido y obstinado en las vías del error y del vicio, podré llorar con un sentimiento de compasión por él, pero de ninguna manera experimentar un remordimiento, como si me fuese imputable su desgracia (3).

Pero no hay que temer eso: si he cumplido como mejor me ha sido posible mi ministerio, anunciándoos la palabra santa, vosotros habéis llenado el deber de oyentes cristianos, escuchándolas religiosamente.

¿Qué diré de este insigne capítulo, de este venerable clero que con tanta asiduidad, paciencia, atención, recogimiento y fervor ha escuchado la santa palabra, y ha colmado de honores y distinciones al pobre orador que la anunciaba? Declaro que estoy profundamente conmovido por esas muestras de una indulgencia

(1) Testificans in Deum pœnitentiam et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum. (*Act.*, xx.)

(2) Non enim subterfugi quominus annuntiarẽ omne consilium Dei vobis. (*Ibid.*)

(3) Quapropter contestor vos quia mundus sum à sanguine omnium. (*Ibid.*)

tan generosa. Pero sin pretender disminuir en nada el peso del reconocimiento que por ello os debo, me atrevo á decir que al obrar así os habeis honrado más vosotros mismos. Habeis, en efecto, aplaudido una palabra sin ornamento, pero sincera; inculta, pero pura; sencilla, pero fiel; que no tiene otro mérito que el que toma de la doctrina evangélica, de la exposicion de los Padres, del sentimiento de la Iglesia, y de una religiosa conviccion. Habeis declarado de una manera pública y solemne que en las predicaciones del templo de San Pedro, indiferentes á lo demás, buscáis ante todo la sincera y pura doctrina de Pedro; que preferís la solidez á la apariéncia, la verdad que edifica á la gracia que agrada, el predicador de Jesucristo al predicador de sí mismo. Habeis dado un testimonio público de la sabiduría de vuestro espíritu y de la rectitud y celo de vuestro corazón. Os habeis mostrado dignos del lugar que ocupáis, de ser guardas de este templo, depositario de la fe verdadera y de las cenizas de Pedro. Habeis, pues, merecido la bendiccion de Dios y los aplausos del pueblo fiel.

Y vosotros, mis queridos oyentes, teneis también vuestra parte en este mérito y en esta gloria. Vosotros que sin deteneros en las dificultades materiales que presenta la predicacion de este templo, habeis rivalizado, con la tribu santa, en deseos de escucharla, en asiduidad, en recogimiento, en modestia; vosotros que, sin tener en cuenta la falta de los talentos que constituyen al orador profano, habeis acudido aquí para escuchar la palabra de Dios anunciada sin preteñsion y sin aparato por un orador cristiano; habeis dado también una prueba de ese prodigioso instinto de fe de los verdaderos cristianos, y que os hace distinguir el pan celeste, la palabra de Dios, del alimento solamente aparente que puede encontrarse en la palabra del hombre. Así habeis rendido un público homenaje á Jesucristo y á su Evangelio, á la Iglesia y á su doctrina. Jesucristo, adorado en este templo, los ángeles guardianes que en él velan, María y los Santos que aquí se invocan están contentos de vosotros, y yo estoy edificado y conmovido.

¿Qué puedo hacer ahora por vosotros? Solamente recomendaros á ese Dios de bondad, á su Verbo dispensador de la gracia y la verdad, á fin de que, así como os ha dado su gracia para edificaros, os conceda también la gracia para santificaros; que

así como os ha inspirado el gusto, os conceda el fruto; y que así como teneis el mérito, os dé la recompensa (1).

Sí, bueno y clemente, dulce y misericordioso Jesus, nuestro Salvador, bendecid á este capítulo con su jefe y todo este clero. Mantened en ellos la sabiduría y las virtudes que les distinguen, puesto que se ha mostrado la verdadera familia de Aaron por la humilde y santa confianza con que ha escuchado vuestra palabra; hacédle experimentar la eficacia de vuestro apoyo y vuestra proteccion (2).

Benedicid á este pueblo, que con la misma humildad y confianza ha venido á escuchar vuestra doctrina; confirmadle en vuestra fe, en vuestra gracia. Se ha hecho reconocer por la verdadera casa de Israel; salvadle, pues, de todos los peligros del alma, socorredlo en todas las miserias y males del cuerpo (3).

No olvideis, Señor, á los que por estar fuera de vuestra Iglesia no pertenecen á la casa de Aaron, ni á la de Israel, no profesan la verdadera fe, no tienen la verdadera caridad; pero que son cristianos y os temen, puesto que creen en Vos. Han venido aquí para escuchar al ministro de la Iglesia, con la confianza de ser iluminados por vuestra palabra. ¡Ah! Han concebido buenos sentimientos; experimentan algunos remordimientos; se ruborizan de no ser de la verdadera Iglesia. Protegedlos contra el obstáculo del interés y del respeto humano. Ayudadles á realizar en su corazón esos deseos que vuestra gracia ha hecho nacer en ellos (4).

Sí, derramad vuestra gracia sobre todos los que se han reunido aquí para oír vuestra palabra; haced que este año sea para todos ellos el año de la conversion, de la gracia, de la salud, de manera que puedan decir: El Señor en su misericordia se ha acordado de nosotros, nos ha bendecido á todos, grandes y pe-

(1) Et nunc commendo vos Deo et Verbo gratiæ ipsius, qui potens est ædificare et dare hæreditatem in sanctificatis omnibus. (*Act.*, xx.)

(2) Domus Aaron speravit in Domino; adjutor et protector eorum est. (*Ps.* cxiii.)

(3) Domus Israel speravit in Domino; adjutor eorum et protector eorum est. (*Ibid.*)

(4) Qui timent Dominum speraverunt in Domino; adjutor eorum et protector eorum est. (*Ibid.*)

queños, sacerdotes y seglares, católicos y herejes, haciéndoles pasar del temor á la confianza del amor (1).

Señor, en este dia conceded sin tasa á este templo vuestra misericordia y vuestro amor.

Tambien os recomiendo al verdadero Aaron, al jefe de todas las tribus del verdadero Israel, vuestro augusto Vicario en la tierra, el soberano Pontífice, jefe, pastor, guía, maestro, sosten y gloria de la Iglesia universal. Concededle el complemento de sus sublimes planes, el objeto de sus santos deseos, el éxito de sus infatigables solicitudes, el fin de sus duras pruebas, los consuelos de sus grandes amarguras. Acrecentad el espíritu de sabiduría, de constancia, de generosidad, de fuerza de que ha dado tan grandes pruebas, y que en tiempos difíciles le es tan necesario para bien guiar vuestro pueblo en las vías de la verdad, de la justicia y de la salud eterna. Extended esos dones á todo el apostólico senado, á fin de que resplandezca más y más con las virtudes que hacen de él la admiracion del mundo y la gloria de la Iglesia. Comprended en ellos tambien al cuerpo episcopal, á los misioneros, que con tantos esfuerzos extienden por todo el mundo el conocimiento de vuestro nombre y vuestro amor. Tambien á todos los rangos eclesiásticos de uno y otro clero, de uno y otro sexo; á todas las vírgenes que se os han consagrado y que forman tambien parte de la verdadera familia de Aaron. Si, esa familia que confia en Vos, es bien digna de vuestra proteccion y vuestro apoyo: *Domus Aaron speravit in Domino.*

Á Roma tambien la recomiendo de una manera especial á vuestra misericordia y á vuestra piedad. Haced que esta verdadera casa de Israel, que habeis distinguido entre todas con tanta predileccion y amor, sea siempre el centro de la santidad de la ley, como lo es de la verdad de la fe. Haced florecer las virtudes cristianas en todas las familias, en todas las condiciones, en todos los estados; sostenedla, santificadla, á fin de que esta ciudad que tiene fuerzas materiales y que espera en Vos, brille siempre más pura en la fe, y que el perfume de sus virtudes se extienda léjos con suavidad: *Domus Israel speravit in Domino.*

(1) Dominus memor fuit nostri et benedixit nobis.... Benedixit omnibus qui timent Dominum, pusillis cum majoribus. (Ps. CXIII.)

Pero no, no os olvido, cristianos esparcidos en la superficie de la tierra; para vosotros tambien deseo, para vosotros tambien imploro al Dios creador del cielo y de la tierra, paz y bendicion; pido que á vosotros y á vuestros hijos descienda la divina misericordia, que ilumine al infiel, lleve á buen camino al hereje, convierta al pecador, consuele al desgraciado, sostenga el fervor del justo, á fin de que Dios, que se ha reservado el cielo para recibir en él las adoraciones de los ángeles, y que ha preparádo la tierra para recibir en ella los homenajes del hombre, sea de todos conocido, confesado, adorado, bendecido, amado (1).

¡Ah Señor! Los infieles no pueden alabaros y bendeciros; están muertos á vuestra fe por el error, y á vuestra gracia por el pecado, y corren por el camino que conduce al infierno. Nosotros solos que estamos en la verdadera Iglesia, y que tenemos la confianza de estar en estado de gracia, nosotros que vivimos con esta doble vida divina, podemos bendeciros, alabaros, como quereis ser alabado y bendecido (2).

Señor, haced descender sobre todos y sobre nosotros en particular la abundancia de vuestras celestes gracias y bendiciones. Bendecidnos en el alma y en el cuerpo, en los bienes y en los males, en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad: *Benedictio Dei omnipotentis Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super nos et maneat semper.*

La publicacion del siguiente discurso, con los sermones sobre las parábolas, será agradable á los lectores católicos. No conveniria ocultar más tiempo al público lo que es más que un magnifico monumento de familia. La Iglesia toda está interesada en la propagacion de estas páginas que resumen tan admirablemente toda la filosofia y la teología del matrimonio cristiano.

(1) Benedicti vos à Domino, qui fecit cœlum et terram. Cœlum cœli Domino, terram autem dedit filiis hominum. (Ps. CXIII.)

(2) Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum; sed nos qui vivimus benedicimus Domino. (Ibid.)